

APORTACION A LA IGLESIA DE LA VIDA MONASTICA FEMENINA HOY *

CuadMon 38-39 (1976) 285-293

Rembert G. Weakland, o.s.b.
Abad Primado

Introducción

Cuando Elías subió al Monte Horeb después de cuarenta días de ayuno, estaba intentando recuperar esa experiencia de Dios y su Presencia que había sido el lote del pueblo judío en el desierto. El mismo fenómeno de la naturaleza que había caracterizado la primera aparición de Dios a Moisés, ocurrió de nuevo, pero esta vez Dios no se apareció a Elías en el viento, ni en un terremoto, ni en el fuego, sino en esa "voz queda y suave" (I Reyes 19). Elías la reconoció inmediatamente, como lo que él buscaba.

En cierto sentido, nosotros los monjes estamos siempre intentando repetir esa experiencia de Elías y nos sorprende descubrir que Dios no viene de la manera que habíamos planeado, ni en la forma que habíamos predicho, sino como ese "Otro" que es independiente de nuestro control y manipulación. La prudencia de tales experiencias me hace vacilar al intentar predecir el futuro de nuestras monjas benedictinas; me hace cauteloso en ponerlo color de rosa y proponer planes para los años venideros. Lo mejor que podemos hacer es reflexionar juntos sobre esa experiencia pasada, sobre nuestros deseos en el momento actual, y sobre lo que Dios parece estar diciéndonos para el futuro. Así pues, esta conferencia no es un estudio sobre la futurología monástica, no predice nada, no dicta nada. Juntos deberíamos intentar ver qué prejuicios nos evitan ser libres para ir hacia el futuro y nos impiden ser sensibles a esa "voz queda y suave", que podría estar hablándonos en este mismo momento.

El documento del Concilio Vaticano II, *Perfectae Caritatis*, aconsejaba a los religiosos volver al carisma de su fundador y luego hacer las adaptaciones necesarias hoy. Aunque esta fórmula parezca fácil, está llena de lagunas. En nuestro propio caso, por ejemplo, San Benito no era un fundador; él no creó la vida monástica, sino que tomó lo mejor de una tradición ya bien desarrollada y le dio una directriz sólida. No podemos ignorar la tradición que él recibió ni los miles de años que siguieron. Todo ello es parte del carisma monástico. Hay también una cuestión más importante sin resolver en esta fórmula: ¿Cuál es el papel de ese carisma en la Iglesia de hoy? Todo carisma es dado para formar parte de la Iglesia; ningún carisma se tiene a sí mismo como objetivo. ¿Cuál es el papel de la vida monástica en la Iglesia de hoy? Esta pregunta no se puede evitar si queremos hablar del papel de nuestras monjas. Nuestra visión debe ser eclesial y contemporánea. La arqueología no puede responder a esta pregunta específica, pero nos puede ayudar, junto con una sensibilidad hacia el mundo en que vivimos y hacia nuestra propia vocación interna. En otras palabras, nosotros también tenemos nuestro carisma; también estamos llamados a este momento de la historia. Tenemos derecho a examinar

* Conferencia a las Abadesas españolas, mayo de 1976.

más profundamente nuestra propia vocación y ver cómo sirve a la Iglesia. Por lo tanto nuestra discusión, si ha de servir para algo, debe ser ante todo eclesial y contemporánea. Nadie confesaría ser cerrado de mente, a todos nos gusta pensar que estamos abiertos a lo que Dios quiere de nosotros y nos dice. Por otro lado, estamos condicionados por nuestro pasado y tenemos nuestros puntos ciegos emocionales. Por esta razón, podría ser útil empezar por algunos aspectos negativos que podrían estar actuando como prejuicios sutiles, impidiendo nuestra visión en este momento.

Así pues, la primera parte de esta ponencia será dedicada a un breve examen de algunos aspectos negativos del momento actual.

Haré también una breve alusión a ciertos términos negativos, que, hablando sobre la vida de las monjas, tenemos que evitar en el futuro. En la segunda parte de la ponencia trataré, todavía, de un concepto positivo y bíblico, que me parece necesario para desarrollar una teología sana de la vida monástica, y en fin sugeriré unas conclusiones prácticas que provienen de este concepto.

* * *

I. Situación actual

Crisis de identidad

Después del Concilio de Trento, la legislación general referente a las monjas hace pocas distinciones en su aplicación a las varias órdenes religiosas. Se puede leer decreto tras decreto en los que se mencionan a todas las monjas, una tras otra, sin distinción, Dominicas, Clarisas, Carmelitas, Benedictinas, etc. Como resultado, hoy día encontramos que hay muy poca diferencia entre los estilos de vida de los varios grupos de monjas en la Iglesia. ¡Nuestras monjas benedictinas han heredado, por lo tanto, una crisis de identidad! Poca gente en la Iglesia confundiría —entre las órdenes religiosas de hombres— a los Benedictinos con los Franciscanos, o a los Dominicos con los Benedictinos. Aunque quizás no podrían dar un análisis completo de la diferencia, tendrían un conocimiento instintivo de los valores particulares que cada grupo representa. Esto no ocurre con nuestras monjas; su identidad ha sido oscurecida y no clarificada debido a la falta de distinciones y al tipo de legislación, que no les ha permitido desarrollar esos rasgos y características que determinan la espiritualidad y estilo de vida benedictinos. Mi sueño sería que las monjas de nuestra Orden tuviesen la libertad y la fuerza interior de examinar su propio carisma y la contribución que éste debería hacer a la Iglesia, y así restablecer su identidad. Ahora es el momento de la historia en que tal examen puede y debe tener lugar. Pero debe proceder de una necesidad espiritual interior y no ser impuesto por nuevas leyes o decretos.

Términos menos aptos hoy día

Muchas de las descripciones pasadas de nuestro estilo de vida y papel en la Iglesia no son convincentes hoy. Me irrita oír hablar a los periodistas y escritores espirituales sobre las "sepultae vivae" que han dado la espalda a los males de este mundo, huyendo a la protección segura del claustro, donde, llevando un tipo de vida angélico, rezan por el

resto de la humanidad. No se puede basar la espiritualidad monástica en negaciones o fantasías; una espiritualidad no se puede basar en *fuga mundi* ni en *vita angelica*. Dado el contexto social de hoy día debe decirse también que una espiritualidad para monjas no se puede basar en "protección". Cuando las novicias llaman hoy a vuestras puertas impelidas por tal motivación, deberíais ser cautas sobre su estabilidad psíquica. Es cierto que el tipo de clausura para las monjas en tiempos de Benito o Pacomio era diferente del de los hombres, porque no podía ignorarse el elemento de seguridad y protección, pero estos no eran elementos de espiritualidad sino manifestaciones sociológicas necesarias. Aunque puede haber una parte de verdad en tales teorías monásticas como *fuga mundi* y *angelikos bios*, ahora deben expresarse en maneras positivas, realistas y evangélicas. El propósito de la segunda parte de esta conferencia será orientaros en una investigación que pueda ayudaros a ser a la vez positivas y realistas y al mismo tiempo a readquirir vuestra identidad.

II. Concepto bíblico de desierto

La experiencia monástica debe ser una manera contemporánea de entender la experiencia del desierto. No es fundamentalmente una cuestión de *lugar* sino de *experiencia*, un tipo de experiencia que ocurrió en el desierto, y en las cimas de los montes (Tabor, Horeb, Sinaí), y que probablemente esté ocurriendo hoy en centros urbanos superpoblados. La experiencia del desierto es sobre todo un valor del Antiguo Testamento, continuado y transformado por el Nuevo Testamento, que debe formar parte de la Iglesia en todo tiempo. Los monjes, viviendo esta experiencia en su plenitud cristiana, sirven de recordatorio espiritual a la Iglesia sobre la esencia de su propia naturaleza y su relación con Dios. Quizás, buscando más profundamente en esta experiencia y en la relación del monje con ella, encontremos también algunas directrices positivas para el futuro.

El desierto no es un lugar agradable; no es el paraíso. Por el contrario, es más fácil que lo enfrente a uno con las fuerzas del mal que con las del bien. El sobrevivir se convierte en la única preocupación en un mundo tan hostil sobre el cual el hombre tiene poco o ningún control. Los primeros monjes conocían bien esta lección. Uno puede perderse ya que los caminos se borran en el acto; un desierto parece no tener rumbo. Un ligero viento desorienta y borra toda huella de pasos anteriores. Las lluvias son hostiles y también cambian todo signo reconocible. Recuerdo vivamente el viaje de hace varios años al Monte Sinaí a través del desierto tras una noche de lluvia que había borrado la pista normal. Bien pudo Israel recordar los años en que vagaba por ese lugar abandonado de Dios; al fin se comprende por qué querían quedarse cerca de cualquier oasis. Cuando uno ha estado vagando por el desierto y encuentra agua, verde follaje y tierra de pastos ¿para qué seguir? Pero el desierto siempre sigue siendo un reto; tiene su propia fascinación. John L. Mc Kenzie escribía sobre él: "El desierto, como el Artico solitario, las cumbres de las montañas, el océano, y el desolado infinito azul del aire, es sólo morada de aquellos pocos que han dominado la difícil habilidad que exige el sobrevivir en estos elementos, y que tienen el deseo de vivir en un grado excepcional". Yo puedo añadir: "Y de amar". Uno tiene que ser arrastrado por una especie de pasión. Sólo aquellos que han intentado escalar montañas o han estado solos en una pequeña

embarcación en alta mar, pueden entender este tipo de reto. En tales circunstancias la vida se reduce a su forma más simple: la lucha entre fuerzas hostiles y el ingenio del hombre y su deseo de sobrevivir. El desierto no es un sitio que uno se sienta a contemplar, sino que mantiene totalmente alerta y agudiza los instintos. La mezquindad desaparece. Los antiguos monjes sabían que intentaban escalar montañas espirituales.

Pero la experiencia del desierto ha adquirido un significado profundamente religioso en la tradición judeo-cristiana. En el Antiguo Testamento, es en la experiencia del desierto donde los Judíos encuentran a Dios. En primer lugar significa la liberación de la esclavitud y de la servidumbre; significa liberación, pero no sin un precio: deben hacerse pueblo de Dios, aceptarle como su guía, adorarle a El y sólo a El. En el desierto llegan a conocer a un Dios celoso y exigente. En el desierto deben aprender a confiar completamente en un Dios que salva. Este es el significado de conversión: recurrir a ese Dios en el momento del desamparo, aceptarle como guía justo. Es donde Dios muestra su gloria y su misericordia. Sobre todo, es donde muestra su deseo de hacer un pacto con su pueblo. El desierto es donde los Judíos encuentran a Dios y hacen un pacto con El. Incluso cuando se rebelan contra El, El sigue mostrando sus milagros a ese pueblo ingrato e infiel; su misericordia no tiene límites. Pero el desierto es también donde Dios forma a su pueblo; es donde los tatea y los prueba. La experiencia del desierto es una experiencia compartida contra la muerte. Los hombres se unen en su lucha por la supervivencia a causa de los peligros constantes que les rodean. Por estas razones, el desierto ha impreso carácter sobre la experiencia religiosa de Israel. Dios los salvó; continuará salvándolos si no lo abandonan, si permanecen fieles: "Tened gran cuidado de no olvidar al Señor vuestro Dios, cumpliendo sus mandamientos, sus ordenanzas y sus estatutos, que yo os prescribo en este día: para que, cuando hayáis comido y estéis llenos, y hayáis construido buenas casas y viváis en ellas, y cuando vuestros rebaños y manadas se multipliquen, y vuestra plata y oro se multiplique, y todo lo que tenéis se multiplique, entonces vuestro corazón se levante y no olvidéis al Señor vuestro Dios, que os sacó de la tierra de Egipto, os libró de la esclavitud, os guió por el desierto grande y terrible, con sus fieras, serpientes y escorpiones y el suelo sediento donde no había agua, os sacó agua de la dura roca, os alimentó en el desierto con el maná que vuestros padres no conocían, que El os humille y os pruebe, para hacer el bien al final. (Deut 9, 11-16)". Y de nuevo lo vuelve a atraer al desierto —a su pueblo— cuando le ha sido infiel para encender de nuevo esa relación de confianza mutua: "Así la atraeré y la llevaré al desierto y la hablaré al corazón; y fuera de allí, yo le daré sus villas y el valle de Acor como puerta de esperanza; y allí cantará como cantaba en los días de su juventud, como en los días en que subió de la tierra de Egipto. Entonces, dice Yavé, me llamará 'mi marido' (Oseas 2, 14-16)".

"El simbolismo bíblico del desierto no debe pues confundirse con una cierta mística de soledad o una huida de la civilización; no se refiere a una vuelta a un tipo ideal de desierto, sino a un período de tiempo en el desierto, parecido al que pasó Israel. . . Dios no nos llama para vivir en el desierto como en una especie de paraíso. El desierto conserva su valor *figurativo*. (*Vocabulaire de Théologie biblique* editado por X. LEON — DUFOUR, París, 1962, 201-205).

Por lo tanto no es sorprendente que el anuncio de la nueva alianza tuviese que

comenzar en el desierto. Allí fue donde Juan Bautista comenzó su predicación para la conversión; los judíos tenían que salir al desierto para oírle. Allí fue donde Cristo empezó su misión y fue bautizado en el Jordán. Sobre todo, donde El revivió la experiencia de su pueblo, fue tentado de la misma manera, y salió victorioso (Mat, 4, 1-11). Los elementos positivos de la experiencia del desierto se repiten en la escena de la Transfiguración, escena muy querida por la antigua espiritualidad monástica. Tampoco debería olvidarse el famoso milagro de la multiplicación de los panes y los peces que también ocurre en un lugar desierto. Allí fue donde Cristo prometió un nuevo tipo de maná para alimentar a su pueblo, su propia carne y su propia sangre (Jn 6). En estos pasajes Cristo muestra que El es el nuevo camino y la vida, el pan del cielo. Por esta identificación de Cristo con la experiencia del desierto nadie puede alcanzar esa misma unión con su Padre si no es en El y a través de El. Hay dos elementos esenciales en la experiencia del desierto en el Nuevo Testamento: Cristo es el camino en la oscuridad; El también ha conquistado la muerte y la tentación. Por esta razón, la experiencia cristiana del desierto es de esperanza y resurrección. No se comprende sin Cristo. Todos participamos en este mismo camino de conversión, liberación, y salvación, pero en y a través de Cristo. Aunque el desierto conserva mucho de su carácter inflexible y todavía inspira temor y soledad —o no sería el desierto— Dios no deja solo a su pueblo ni le abandona, sino que ha enviado a su Hijo para ser su vida, su guía, su fuente de esperanza y resurrección. Cristo es el nuevo cordero cuya sangre salvará; El es la serpiente levantada que libera (Jn 3, 14).

En el Nuevo Testamento esta experiencia del desierto constituye también parte de la herencia de la Iglesia. En los capítulos 10 y 11 de la primera carta de san Pablo a los Corintios, este tema se desarrolla extensamente. La Iglesia es la esposa de Cristo, llevada por El al desierto, alimentada por El con su propio cuerpo y sangre. Y por eso la experiencia del desierto se hace una nueva figura en el Nuevo Testamento para expresar la formación de una nueva alianza, y un nuevo pueblo, renacido en la sangre de Cristo. Es también una unión de amor.

La experiencia del desierto es pues el período de conversión de la esclavitud al servicio de un Dios verdadero; es ese reconocimiento de la necesidad que tenemos de Dios para ser purificados, alimentados, guiados; es la admisión de nuestra dependencia de El y no de otro. Es el momento del encuentro con El, escuchando sus mandamientos y no poniendo obstáculos en el camino. Hay un cierto sentido de la naturaleza provisional del peregrino, el vagabundo, ligada a la experiencia del desierto; no se buscan seguridades fuera de Dios mismo. En ese errar uno se enfrenta cara a cara con las fuerzas del mal y debe volverse al único Dios verdadero. Es también el momento en que El forma y crea a su pueblo. Ahora todo esto está concluido a través de Cristo y en Cristo que ha conquistado la muerte y que es la esperanza y la fuente de nuestra victoria. Los antiguos monjes veían todos estos valores en su ida al desierto. Antonio salió valeroso a luchar contra los demonios y los malos espíritus, pero la victoria era siempre de Cristo. A los antiguos monjes les gustaba llamar a sus celdas *tabernáculo* (tiendas) para no olvidar la naturaleza de su experiencia del desierto. Aunque a veces parecían exagerar y olvidar que el Cristo ascendido debía ser la fuente de su experiencia del desierto, aunque a veces permitían que los dominase una visión demasiado negativa, aunque a veces caían en especulaciones helenísticas sobre la naturaleza de esa relación que tenían que

desarrollar con el Dios celoso, sin embargo, no debería olvidarse su intuición básica del valor de la experiencia del desierto para la Iglesia. San Benito comienza su prólogo en el mismo contexto pero evita tales extremos. La claridad de la lucha entre el bien y el mal en el desierto —muerte y supervivencia— caracteriza el comienzo del prólogo. También le gusta citar los salmos que hablan del monasterio como *tabernaculum*. También está presente la total dependencia de Dios, pero la Regla es más que nada cristocéntrica y la experiencia del desierto en san Benito es pascual. Por esta razón puede decir que la vida del monje debería ser siempre una experiencia cuaresmal que espera sin embargo con alegría la llegada de la Pascua.

Si la experiencia del desierto es tan esencial al modo de vida cristiano y a la Iglesia, y si el monje tiene un papel específico que desempeñar para tornar esa experiencia real para la Iglesia, ¿cómo puede continuar haciéndolo hoy y en esta época? La respuesta más inmediata es que el monje debe vivir esos valores en su forma más pura y simple. Dará testimonio solamente viviendo estos valores, no predicándolos. Es fácil decir que el monasterio debe ser ese lugar donde el monje encuentra a Dios, se convierte cada día, oye la palabra de Dios, y permite que Dios le forme y modele el monasterio como a su pueblo fiel. Todo esto está bien en teoría, pero no es siempre demasiado convincente en la práctica hoy día. Quizás, mientras nos orientamos más hacia la Biblia como pueblo, y mientras la Iglesia pierde seguridad en su ambiente cultural, otros apreciarán más el carisma monástico. Hasta entonces, debemos vivirlo íntegramente, para que para nosotros tenga el más pleno significado. Sólo así puede ser un estilo de vida reconocible para aquellos que busquen y necesiten los mismos valores. Los siguientes aspectos más prácticos de la vida monástica y su valor deberían verse en el contexto de esa experiencia del desierto.

III. Algunos valores monásticos a la luz de este concepto

Celibato

En primer lugar, me parece que el aspecto más importante para la experiencia del desierto es la virginidad o celibato. Dicho aspecto ha sido olvidado en cierta manera demasiado a menudo, o situado en segundo lugar incluso por nosotros a causa de un cierto sentido de inferioridad o anormalidad a los ojos del mundo. Sin embargo estaba en la base de la experiencia monástica y precisamente de la experiencia monástica del desierto. Me alegro que el Congreso de Abades de 1.977 haya elegido este tema para discutirlo, ya que debemos afrontar abiertamente las exigencias del estilo de vida que implica y darnos el tipo de motivación que le dé significado. No intento discutir aquí los muchos aspectos que se tratarán en el Congreso, sino sólo su importancia para la experiencia monástica del desierto. El celibato debe ser una señal de la exigencia total de Dios para con el célibe. El acepta las demandas de un Dios celoso incluso hasta ese extremo. La experiencia del desierto se ha pintado siempre como la imagen del matrimonio. Dios estableció una relación marital con su pueblo; su infidelidad se llama adulterio. En el Nuevo Testamento es Cristo el que es esposo de la Iglesia. La Iglesia como desposada de Cristo es la figura más notable que explica la relación más íntima de que el hombre es

capaz y que puede existir entre Cristo y su pueblo. También por esta razón la liturgia se ha referido siempre al rito del matrimonio como basado en la imagen de la relación entre Cristo y su Iglesia. Es un convenio perfecto de amor, de fidelidad, de santidad. Piet Schoonenberg ve el propio celibato de Cristo como el resultado necesario de su filiación respecto al Padre, y quien, como Dios-hombre, tiene una relación necesaria de esposo con el pueblo de Dios, la Iglesia. Para toda su Iglesia Cristo es esposo. Porque la Iglesia es la esposa de Cristo, atraída por El al desierto para ser redimida, cada individuo puede ser también la esposa de Cristo. Algunos pueden ser llamados para expresar esto de una manera, otros de otra. ¿Por qué no puede ser la virginidad una de estas maneras? ¿Por qué no puede esta imagen entrar en la vida y cuerpo mismos de la persona? San Pablo en la primera carta a los corintios, más especialmente en el capítulo 6º, enfatiza la importancia de ver el cuerpo como parte de la relación con Dios. "Es la perfección de la relación con Dios en nuestro cuerpo, lo que da a la virginidad su significado pleno. Dentro de una Iglesia así unida al Dios-hombre, es perfectamente normal que la virginidad exprese esta relación. Y entre aquellos hombres que están unidos a Cristo incluso en sus cuerpos, la virginidad se hace al mismo tiempo la señal de esa pertenencia a Dios.¹ La virginidad puede parecerles a algunos una locura, pero para quien tiene esa experiencia del desierto de un Dios que salva y que está deseoso de crear una unión con el hombre que llega hasta lo físico, tiene sentido, y se hace imagen de este tipo de unión que Dios quiere establecer con su Iglesia. Es cierto que los antiguos monjes veían a menudo el estado de celibato como una especie de anticipación escatológica del cielo, "donde uno no se casa ni es dado en matrimonio", pero también es verdad que se consideraba esta forma de vida como el mismo tipo de testimonio que el martirio, es decir, un testimonio de la lucha entre la vida y la muerte, con el triunfo último de la nueva vida. En este modo de encarar el celibato como sucediendo al testimonio de los mártires, las fuerzas básicas de la vida se ven en conflicto, pero con el triunfo último del poder y gracia de Dios. El estado de celibato sigue siendo una lucha de fidelidad a un Dios celoso, absorbente, y un signo del tipo de experiencia del desierto que se explica plenamente sólo a nivel de fe. Siempre están presentes las tentaciones del desierto de buscar compensación en el poder, en la gloria, en un misticismo falso. El celibato debe verse como un signo del amor, poder y fidelidad de Dios. Sigue siendo un signo del deseo de Dios de establecer una alianza de amor con el hombre. Vivido en su plenitud, es entonces una lucha por conocer a "Otro" —como lo es cualquier unión así.

Pobreza

La experiencia del desierto debería también encontrar su eco en la pobreza del monje. El desierto es un modo de vida, pero siempre provisional: apunta a algo más allá; permite estar espiritualmente inquieto. Este carácter provisional debe ser evidente en la pobreza del monje. El no descansa seguro en las estructuras sociales del medio en que se encuentra, sino que vive libremente en la inseguridad. La pobreza es una manera de decir: "Yo no deposito mi confianza en vuestras estructuras sociales y económicas y en estos objetos materiales, sino en El que cuida de mí". Desafortunadamente, demasiados de nuestros monasterios son imágenes de resguardo y seguridad

¹ PIET SCHOONENBERG, "Le sens de la virginité", en *Christus* 5, 1958, p. 40.

—fortalezas burguesas—. Vivir pobremente significa vivir libremente. A menudo nuestra propia clausura, la observancia, la pequeña rutina de cada día se hacen seguridades de nuestra vida; evitan que el testimonio de la pobreza sea real para el monje y para el cristiano que entra en contacto con nosotros. Este aspecto de la experiencia del desierto es especialmente importante hoy día cuando se nos pide vivir en una especie de situación pluralística. Tanto si se piensa en la liturgia, como en cualquier tipo de práctica espiritual, se tiene que aprender a vivir y crecer en la diversidad. La rigidez que proviene del miedo y del apego a nuestros propios hábitos de vida evita que el monje crezca y sea lo que su pleno potencial exige. La pobreza es una experiencia del desierto verdadera y genuina para nuestro tiempo.

Comunidad

Pero Dios sacó a su pueblo al desierto para formarlo precisamente como su pueblo. Estar formado como pueblo tiene su importancia hoy día para el monasterio y para la Iglesia. Ahora somos más conscientes de la necesidad de estar "reunidos", convertidos en "Iglesia". La comunidad monástica ya no es sólo un grupo heterogéneo que se junta. Es una comunidad que está siendo transformada por Dios mismo en un pueblo con el que ha hecho una alianza. Por lo tanto la vocación monástica tiene una dimensión inherente que incluye a "otros" y a mí junto con ellos. Debo oír la Palabra *con ellos*; debo errar *con ellos* en el desierto; debo afrontar la lucha del mal junto *con ellos*. Los votos monásticos no implican en primer lugar entrar en un monasterio, sino más bien unirse a una comunidad. Incluso en este contexto nosotros mismos tenemos a veces que ser devueltos a Dios a través de nuestros compañeros. Otras veces somos nosotros los que tenemos que hacer de profetas. Esta dinámica es parte de la vocación y se necesita como testimonio para toda la Iglesia. El monasterio no es más que una imagen de las muchas fuerzas divergentes que componen todo el pueblo de Dios. No es fácil ser formado por Dios como comunidad. La lucha parece incesante y uno tiende a querer abandonarla. Pero los momentos de gozo suceden a los de prueba, y, a través de todo ello, se entiende cada vez mejor qué elementos de la lucha son realmente esenciales y cuáles son tan sólo distracciones porque son el resultado del egoísmo y el interés por uno mismo.

Conclusión:

Papel específico de las monjas

Me habéis pedido que hable sobre el papel específico de las monjas y su contribución a la Iglesia de hoy. Puede parecer que lo que he dicho se refiere a todos los monjes en general. Es cierto: la experiencia del desierto no es exclusiva de la rama femenina de la Orden, debe ser verdad para todos nosotros. Por otra parte, estoy convencido que este aspecto del carisma monástico es más evidente cuando está testimoniado por mujeres. Cuando hablamos del desierto como el sitio donde tiene lugar un tipo especial de encuentro con Dios —el tipo de encuentro que tiene su imagen en el matrimonio—, quizás entonces podáis ver por qué (a nivel de imagen y de valor contenido) la monja benedictina es signo más verosímil. Su celibato, vivido en plenitud, puede ser un símbolo más claro de la experiencia del desierto que el de los

monjes. Creo también, que el temperamento mismo de la mujer le permite ser testigo más íntimo del poder de la esperanza y de la fe, y por lo tanto de la resurrección, en este momento de la historia. Las monjas son más sensibles a las penas de los oprimidos, de los necesitados, de los desesperados, de los deprimidos. Deben entender lo que son tales luchas por el afinamiento que ha tenido lugar en sus propias vidas. Pero al mismo tiempo, deben ser testimonio de alegría y confianza. El mundo está lleno de testimonios de dolor y sufrimiento —éstos nunca faltarán—; lo que se necesita son testimonios de resurrección. Es fácil esperar cuando todo va bien: es fe la espera cuando la oscuridad nos rodea. Aquellos que han tenido la experiencia del desierto de un Dios fiel y de la lucha que esto implica serán las fuentes de esperanza, sobre todo en tiempos de oscuridad. Los monjes no tienen por qué solucionar los problemas económicos del mundo —ni los políticos—; sino que tienen que aportar fe y confianza en el futuro.

¿Qué espero de nuestras monjas hoy? Mi primera respuesta sería fidelidad en la lucha de ser pueblo de Dios en el desierto del mundo que nos rodea. Implica fidelidad a esa unión que es parte de la vocación al celibato; fidelidad al carácter provisional de estar en el desierto, que es nuestra pobreza; fidelidad a ser formadas como parte de una comunidad. Esto significa fidelidad a la oración como grupo y como individuo, fidelidad a escuchar la Palabra de Dios y responder a ella, fidelidad a la experiencia de la comunidad. Implica la libertad del desierto donde todo se reduce a la lucha más simple y clara entre las fuerzas vitales que hacen la vida lo que es. Sobre todo, significa testimoniar el triunfo de la alegría y la resurrección en esa lucha en y a través de Cristo, el esposo de la Iglesia, el esposo de cada monja.